

este precepto; y vamos á ver que continúa recomendándole de varios modos. Ahora no basta ya el lenguaje á su corazon; por lo qual agota toda la materia con estas palabras eficacísimas: Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial. Quién se hubiera atrevido á decir esto, sino el que nos alcanzó las maravillas del siglo venidero, que nos las ofrece y nos las da, si queremos aceptarlas, si las queremos formalmente?

Nuestro Señor no pide que tengamos una perfeccion igual á la de Dios; pero quiere que con nuestras oraciones, meditaciones y buenas obras, procuremos, como dice San Basilio, asemejarnos á él en sus perfecciones divinas, en cuanto está en la naturaleza humana.

Terminemos aquí nuestra consideracion sobre las palabras tan significativas del Hijo de Dios, y meditemos bien con su auxilio, y antes de pasar mas adelante, lo terrible y penetrante de esta expresion: Sed, pues, perfectos, como es perfecto vuestro Padre celestial.

CAPITULO XVII.

CONTINUA EL SERMON DE LA MONTAÑA:

LIMOSNAS.

Nuestro Salvador continúa de este modo:

“Cuidad de no hacer vuestras buenas obras delante de los hombres para que os vean (1): de lo contrario, no

(1) En la mayor parte de los ejemplares griegos, leemos *eleemosunen*, compasion, beneficencia, limosna; y en unos pocos se lee *dikaosunen* (jus-

tendreis recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos. Así cuando haces limosna, no toques la trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las plazas públicas, para que los honren los hombres. En verdad os digo, recibieron su recompensa. Mas cuando tú das limosna, no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto; y tu Padre que ve en secreto, te lo recompensará (en público). (San Mateo, VI, 1 á 4).”

Hallamos estas palabras: *te lo recompensará en público*, en tres parages diferentes del capítulo, á saber, en los versículos 4, 6 y 18. San Gerónimo no trae la palabra *en público*. San Agustin la encontró en una porcion de ediciones latinas de la antigua Vulgata; pero no descubrió ningun rastro de ella en las antiguas ediciones griegas. Los mas de nuestros ejemplares griegos la tienen ahora.

San Gerónimo y San Agustin, traen tambien *justitiam*, así como el antiguo traductor siriaco y el árabe, segun Grocio. Muy probablemente la opinion de este es que la palabra *eleemosunen*, que sigue inmediatamente despues, se habia introducido en este pasage, porque se hace mencion en seguida de la limosna. El autor de esta version no sabia quizás que la voz justicia entre los hebreos, y de ahí tambien entre los helenistas, significa á veces beneficencia. Ya hemos hecho observar que la palabra *justicia* indicaba, y con razon, el compendio de todas las virtudes. Si nuestro Señor empleó aquí esta palabra en el mismo sentido, porque acababa de hablar de la perfeccion, ó bien queria, tratándose inmediatamente de la limosna, hablar de la beneficencia, de que se jactan tantos hombres, á trueque del cumplimiento del deber mas fácil de la humanidad, los honores humanos; eso es lo que yo no puedo decidir.

No opino como algunos intérpretes, que la expresion *tocar la trompeta* deba tomarse aquí proverbialmente. Las palabras que siguen despues, dan á entender bastante, á mi parecer, que los hipócritas de aquel tiempo, los fariseos, á quienes Jesus echó en cara algunos años adelante, que ejecutaban sus buenas obras delante de los hombres para ser vistos (San Mateo, XXIII, 5), hacian efectivamente tocar la trompeta cuando repartian limosna con el pretexto de reunir á los pobres.

A esta ostentacion hipócrita, opone Jesus esta excelente advertencia, de un modo sencillo, enérgico y noble: "Mas cuando tú das limosna, no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha." No basta no querer gloriarse, delante de los otros hombres, de un acto de dulce beneficencia, sino que es preciso desviar sus propias miradas de él, y no tener complacencia en él.

"Y cuando orais, no sereis como los hipócritas, que gustan de orar en pié en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vean los hombres. En verdad os digo, recibieron su recompensa. Mas tú cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto (*); y tu Padre que lo ve en se-

(*) El griego: *que está en lo escondido*. Quiere el Señor, que para orar, nos retiremos á nuestros aposentos, y cerremos la puerta, para evitar ser vistos de los hombres; lo cual pudiera entonces sernos motivo de tentacion: ó como lo explican San Hilario y San Agustin, quiere que entremos dentro de nosotros mismos, y que *cerremos bien la puerta para orar al Padre celestial en lo secreto*. Esto es, que nuestra oracion debe hacerse en la presencia de Dios, y en el olvido de todas las cosas exteriores, cerrando la

creto, te lo recompensará (en público). (San Mateo, VI, 5 y 6)."

El hipócrita que ora, es peor que el hipócrita que hace limosna. Es verdad que éste no da con una intencion pura; pero da y participa en cierto modo, de la alegría del que recibe. Mas ¿quién se atreverá á afirmar que el hipócrita orando, ora efectivamente? Muéstrase como si conversara con su Dios, como si se anonadara delante del que llena el universo con su presencia, *dellante del que es*, en el instante mismo en que busca con anhelo la alabanza vana de los hombres. ¡Oh! ¡qué horror!

De tales personas queria hablar Jesucristo, y le comprenderiamos mal si nos persuadiésemos que habia querido prohibir orar en su templo, donde debian los hombres orar individualmente aun fuera del tiempo del oficio divino que se celebraba públicamente los dias de trabajo y las fiestas, segun vemos por las palabras que empleó Salomon en la dedicacion del templo, por el ejemplo de tantos santos de la antigua alianza, y por el del publicano á quien elogia Jesus. (San Lucas, XVIII, 9 á 24). Nuestro Señor quiere por un lado, que oremos

puerta, para no dar entrada á otros pensamientos que los que nos hagan conocer la bondad inmensa de Dios, nuestras miserias, el precio infinito de los bienes que pedimos, etc. Y así, en el texto griego, en vez de *orar*, que usa la Vulgata, se lee el verbo, *orar con instancia*, expresando el sumo respeto, recogimiento y fervor con que nos hemos de poner en la presencia de Dios, para dirigirle nuestros ruegos y oraciones. (Nota del Ilmo. Scio al cap. 6.º de San Mateo).

en la soledad silenciosa de nuestro aposento, donde Dios solo nos ve, y por otro, que congregados en un lugar santo, y olvidando, por decirlo así, á los hombres que nos rodean, conversemos con Dios como si estuviésemos en una habitacion cerrada. Nuestras iglesias abiertas en donde invocamos á Dios presente en todas partes, ante la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, nos convidan á la oracion; pero el que no ora en su casa, dificilmente orará con piedad delante del altar (1).

“Y cuando orais, no habéis mucho como los paganos, porque creen que hablando mucho serán oídos. No os parezcáis, pues, á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes que le pidáis. (San Mateo, VI, 7 y 8).”

No habla mucho el que dice muchas cosas, porque su corazón está lleno, sino el que dice poco en muchas palabras y habla con un corazón vacío. Jenofonte dice de Sócrates, aquel grande hombre cuyo entendimiento penetrante logró descubrir tantas verdades: “Pedia solamente á los dioses, que le concedieran el bien, porque saben mejor que él lo que es bien (*Memorab. Socr.*)” “Y Sócrates cita con elogio en Platon, esta súplica de un

(1) Sucede muchas veces, entre los mas pobres del pueblo, que toda una familia habita en un corto recinto, donde á veces los juramentos del marido quitan á la piadosa muger hacer la oracion de la mañana ó de la noche, y la charla de la muger turba la piedad del marido: Qué dicha es para ellos hallar entonces un asilo abierto en una iglesia!

poeta: “Concedenos, supremo juez, el bien, ya te le pidamos ó no te le pidamos; y niéganos el mal aun cuando te le pedimos.” La conducta de estos sábios paganos ¿no es capaz de ruborizar á una multitud de cristianos que oran tan mal?

CAPITULO XVIII.

ORACION DOMINICAL.

“Vosotros, pues, orais así:

“Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga el tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Danos hoy el pan nuestro de cada dia, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos induzcas en la tentacion; mas líbranos de mal (1). (San Mateo, VI, 9 á 13).”

(1) En nuestros ejemplares griegos hallamos tambien estas palabras por conclusion: “Porque á ti te pertenece el reinado, el poder y la gloria en todos los siglos. Así sea.” Estas palabras son muy hermosas, y no parecen indignas de esta oracion divina; así es que todas las traducciones protestantes las han adoptado; pero no se hallan ni en la Vulgata, ni en San Agustin, ni en los manuscritos griegos mas antiguos. Por lo tanto, Grocio, y siguiendo á este, otros escritores protestantes, las consideran con nosotros como no auténticas, y creen que siendo un uso de las iglesias orientales, donde se decian inmediatamente despues del Padre nuestro, como para bendecir y glorificar á Dios (*doxologia*), se habian ingerido en los manuscritos griegos, mayormente cuando los Padres de la Iglesia griega no hacen mencion de ellas, ni tampoco los de la Iglesia latina.